

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

7

JULIO—SEPTIEMBRE

1942

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA

	Págo.
José Medina Echavarría	<i>Arte y Sociedad</i> 11
Juan Roura-Parella	<i>El comprender como método de las ciencias del espíritu</i> 23

LETRAS

Julio Jiménez Rueda	<i>En el centenario de San Juan de la Cruz</i> 43
Mario Mariscal	<i>Ignacio Rodríguez Galván: un destino romántico</i> 57
José Luis Martínez	<i>Glosas a la "Danza de la Muerte"</i> 67

HISTORIA

Arthur Prudden Coleman	<i>La Cultura Eslava (III)</i> 81
Agustín Millares Carlo	<i>Dos notas de bibliografía colonial mexicana</i> 95

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Gaos	<i>El peligro del hombre. (Antonio Caso.)</i> 111
---------------------	---

	Págs.
Eduardo García Máynez . . .	117

Letras

Rafael Heliodoro Valle . . .	121
L. Ferrán de Pol	122
José Carner	124
Agustín Millares Carlo	126

Historia

F. Giner de los Ríos	129
Agustín Millares Carlo	132
Noticias	137
Publicaciones recibidas	143

La Cultura Eslava

Tercera parte

LA TRADICION LATINA Y LA CULTURA DE LOS ESLAVOS

Cuando el famoso economista y poligloto inglés John Bowring publicó en 1827 un volumen de traducciones del polaco, los críticos de Londres y Edimburgo saludaron la antología —hacia la cual encauzaran atención tres volúmenes anteriores vertidos de lo eslavónico, dos rusos y uno serbio—, con una frialdad y mengua de entusiasmo que contrastó vivamente con la calurosa acogida de que los mismos varones habían hecho objeto a las anteriores mentadas traducciones. Los críticos ingleses y escoceses hallaron los poemas polacos “curiosos e interesantes”, pero exentos de la originalidad que, a su juicio, ostentaban los dechados rusos y los servios. Llamaron a las composiciones polacas “imitativas”, y atribuyeron su más pálida personalidad al hecho de que Polonia, dispar en ello de Rusia o de Servia, gozó de larga “e íntima conexión con el resto de Europa”. La poesía polaca —declararon— no era en modo alguno polaca sino antes “continental”; “menos polaca”, según dictaminaron, “que latina”.

No quiere esto decir que los críticos de la labor de Bowring desaprobaban la latinidad de la poesía polaca. No hubo tal. Pocos años después, en 1835, uno de los diarios londinenses saludó arrebatadamente la reedición del más latino de los poetas polacos, Casimiro Sarbiewski, verdadero Horacio entre los vates de Polonia, llamándole “poeta moderno”, y traduciendo profusamente odas suyas, aunque Sarbiewski llevaba doscientos años de muerto. No: los críticos de Londres y Edimburgo no desaprobaban la latinidad de las poesías polacas, y en realidad se ceñían a lamentar

la ausencia en aquella producción literaria del elemento exótico que distinguieran en la poesía de los demás eslavos, y especialmente de los servios.

Los críticos de la época de Bowring pecaron probablemente de excesiva severidad en su juicio de la poesía polaca, así como, en su ciego entusiasmo por lo insólito, se acreditaron de demasiado condescendientes en lo tocante a los volúmenes rusos y servios ofrecidos por Bowring. Pero de todas formas el veredicto emitido por esos críticos más de cien años ha, contenía siquiera el germen de una verdad incontrovertible. La *poesía polaca*, como toda aquella literatura hasta hace aproximadamente cien años, *era en efecto latina*. Mickiewicz y sus contemporáneos, especialmente los de la escuela ucraniana, trocaron su jaez en venturosa fusión de lo latino con lo eslavónico, pero antes se había demostrado latina en grado abrumador.

Los críticos ingleses y escoceses de los días de John Bowring, fueron primeros exploradores; pertenecieron a la generación de críticos del mundo anglosajón que expresara, horra de precedentes, su parecer relativo a la cultura eslavónica. Aunque desprovistos de información, tanteando a ciegas en sus juicios, nos proporcionaron, sin embargo, una pista que al cabo de cien años seguiremos al proponernos entresacar el hilo de la latinidad en el tapiz de la cultura eslavónica. Se dieron cuenta de que en Polonia, la tradición latina se había aclimatado en el paisaje eslavónico como en ningún otro lugar de Eslavia, fundiéndose con el básico genio eslavónico nativo. Y en adelante posaremos sobre todo en Polonia las alas de nuestra imaginación, para descansar allí, y advertiremos que la tradición polaca sirve a nuestro principal empeño. Porque en Polonia la latinidad vino a ser fundamento del edificio nacional y piedra angular de la fe patriótica. En la actualidad, el negocio de la latinidad polaca, su occidentalismo, es de capital importancia para el mundo; y acaso sea el tema subyacente a lo más vivo del conflicto mundial que estamos presenciando, como Herman Rauschnig lo sugiere en su última obra *The Conservative Revolution*. ¿Tendrán bastante poder los vínculos de Polonia con el Occidente para resistir la tensión a que la someten dos vecinos poderosos, que se proponen quebrarlos? ¿Podrán, según la frase de Rauschnig, "permanecer los eslavos de poniente en la zona de la influencia del Ocaso europeo —esto es, decimos nosotros, la latina— o serán empujados a la del Oriente europea y asiática?" Por espacio de diez centurias fueron los polacos los latinos de Eslavia. Y yo auguro que tales permanecerán, mientras la tradición latina subsista en el mundo.

¿Pero qué cabrá decir de los croatas?, acaso se observe al llegar a este punto. ¿No son los croatas, junto con los polacos, los herederos de la tradición latina? ¿Y qué podrá estimarse sobre el porvenir de los checos y de los eslovacos?

Los croatas, es cierto, fueron acogidos en la grey latina, y en ella han permanecido desde que se instaláron en el bello borde marítimo de la Dalmacia y en la fértil Eslavonia, la región querida del emperador Diocleciano. Como el cronista lo refiere, los croatas fueron desde los puros comienzos gentes "enteramente sometidas al emperador de los romanos, y jamás bajo el poder de la autoridad búlgara"; lo que es decir que nunca se sintieron llevados hacia el Oriente, hacia la cultura griega. En cuanto llegaron a la península meridional, durante el reino del propio Heraclio, el emperador que allí les asignara trecho para sus hogares, fueron bautizados los croatas por sacerdotes enviados, no desde la imperial metrópoli constantinopolitana, sino desde Roma, sede de San Pedro; y su orientación cultural, gracias no sólo a los sacerdotes romanos, sino también a su situación en la costa que miraba al ocaso, fué enteramente ponéntisca; enteramente, esto es, enderezada hacia el mundo latino.

Mas estos eslavos, sin embargo, por tenaces que hayan sido en la firmeza de su identidad racial, no han conseguido hasta el presente desenvolver una cultura peculiarmente croata en el sentido en que los polacos desarrolláron una característicamente suya. "El Estado —declaró Román Dmowski— hace la nación"; y los croatas sólo gozaron del estadismo durante el reinado semilegendario del rey Demetrio Zvonimir, desde el año harto remoto de 1076 hasta 1089, de suerte que apenas si se les puede considerar aleccionados, por el experimento de la cristalización cultural.

En lo que concierne a los checos y a los eslovacos, la historia es muy distinta. Ambos pueblos pertenecen al occidente latino. Pero en ninguno de ambos casos podemos arriesgarnos a decir que exista una tradición relevante, en línea continua e ininterrumpida, basada en la latina herencia. Mucho de lo de más cierta calidad, tanto en la vida checa como en la eslovaca, es de naturaleza eslavónica, en modo alguno latina, como puede decirse del poderoso movimiento hussita que conmovió a toda la Chequia en las centurias XIV y XV, y la copiosa tradición popular entre las maravillosamente dotadas clases campesinas de Eslovaquia. Pero, ocurrencia curiosa, fueron esos checos y eslovacos, esos eslavos equidistantes de las masas harto más poderosas de los eslavos bálticos y balcánicos, los prime-

ros en recibir las enseñanzas del occidente latino en un lenguaje que, falto de toda sanción eclesiástica, pertenecía al mismo pueblo.

En aquel punto del curso del Danubio en que ese río poderoso, ganado el paso a través de los Cárpatos menores, sale a deslizarse en majestuosa esplendor por la llanura eslovaca, subsiste una magnífica ruina. De la lisa llanura del Marchfield emerge la muy pujante fortaleza roquera de Devin, conocida a través de los siglos como "entrada de Hungría". Mucho tiempo antes de que se oyera de húngaros en Europa, en Devin, o tal vez en paraje no muy remoto de aquel emocionante símbolo de imperio, se halló un tiempo la sede del primer príncipe eslavo que fundara un imperio de su raza en la Europa central. Fué éste el príncipe Rostislavo, y señoreó, a mediados del siglo IX, toda la tierra que va desde el Tisza y el lago Slatno hasta el Gran Paso de Moravia, que desemboca en las cabeceras del Oder y del Vistula.

Rostislavo decidió que su imperio abrazara alguna de las modalidades del cristianismo. Pero el cristianismo de Roma venía a significar el señorío franco o germano, y la predicación en la desplaciente lengua alemana. En cambio, el cristianismo de Constantinopla podía significar ventajoso contrapeso al amago alemán, que con tanto empuje se levantaba. Rostislavo dirigió, pues, sus enviados, no a Roma sino a Constantinopla, en busca de misioneros que enseñaran a su pueblo y lo condujeran al redil cristiano. En la petición presentada al Emperador, Rostislavo pedía específicamente predicadores que hablaran una lengua que los eslavos centrales pudieran comprender.

El Emperador, al recibir la delegación de Velehrad, como Rostislavo llamaba a su capital, se halló ante no menudo problema: ¿Cómo iban a ser enseñadas las Escrituras, cómo iba a ser comunicada la liturgia a los eslavos de la Europa central en habla para ellos inteligible, si la lengua eslava jamás había sido reducida a escritura, y no existía verdadero patrón de ella, sino únicamente una maraña de dialectos? En tales circunstancias, sólo una resolución podía tomar el Emperador: la de asignar a algún docto la tarea de crear un lenguaje escrito para los eslavos, y confiarle, luego que hubiera realizado este milagro, la tarea de enseñar en dicha lengua a los nuevos creyentes.

Cierto erudito y lingüista de Salónica, llamado Constantino, recibió, pues, la misión de crear un alfabeto para la lengua eslava y trasladar las Escrituras al más oportuno dialecto entre los varios existentes. Constan-

tino, o Cirilo, como se le llama comúnmente, estaba dotado de especial capacidad para ese empeño, y, sobre ello, de dilatada preparación lingüística. Y se puso rápidamente a la obra con ímpetu y devoto celo.

Tras haber escogido el dialecto de los eslavos búlgaros como vehículo más adecuado para las Escrituras, Cirilo, con su hermano Metodio, empezó a transferir la sabiduría cristiana a los eslavos de la Moravia mayor. Uno de los primeros centros de su enseñanza fué el de Nitra, junto a la embocadura del río Vah —el Rin de Eslovaquia—, y otro fué instaurado en el reino panonio de Kocel, príncipe eslovaco. Doctrinaron al pueblo valiéndose de una Biblia escrita en caracteres eslavónicos y le dieron una liturgia en su lengua vernácula. La enseñanza que difundieron se popularizó, lo que no habían acertado a conseguir con sus esfuerzos los misioneros alemanes, e irradiaron a gran distancia los nuevos preceptos y amonestaciones.

Pero la iglesia de fe griega u oriental, fundada en el yermo por ambos hermanos, era demasiado joven para permanecer soledosa, y se hallaba demasiado distante de su madre Constantinopla. Cirilo y Metodio se dieron cuenta de que perecería como le faltara el apoyo de Roma. Decididos, pues, a renunciar a una victoria política en aras de definitivo aseguramiento de la espiritual, pusieron la iglesia niña bajo el cuidado solícito de la sede romana. La dádiva fué aceptada de mil amores, y los eslavos de la Europa central vinieron a ser conducidos a la grey latina, pero no sin haber logrado la autorización de conservar su liturgia eslavónica, con lo que por un trecho anduvieron Iglesia y pueblo muy a su gusto. Gloria eterna alcanzaron los eslavos centrales al obligar tan de mañana en su evolución cultural al reconocimiento del lenguaje eslavónico como adecuado vehículo de la transmisión de la cultura del pasado. Y es, por otra parte, eterna gloria de la Iglesia oriental su gesto al ayudar a esas gentes eslavas primitivas a dar su primer paso en los peldaños de la evolución cultural, proveyéndoles de un lenguaje escrito.

Fué, empero, la Iglesia *occidental* la que luego del episodio de Cirilo y su hermano cobró misión enseñante sobre los eslavos centrales; y fué la tradición *latina*, no la griega, la que a su vez la rama occidental de los eslavos centrales, esto es, los checos, pasó a los hermanos polacos, señalados por el destino como principales sustentadores de la antorcha de Roma en toda Eslavía.

El momento del ingreso de Polonia en la grey romana fué para Es-lavia trascendental. Dicho acaecimiento se produjo en el crítico siglo x,

y todo el hado de las gentes eslavas hasta nuestros días pesó en la balanza al tomar Polonia la decisión que la enlazó, y la enlaza todavía, con la tradición latina.

Por una centuria había existido en Eslavia la posibilidad de que el mundo eslavónico fuera algún día forjado por alguna vigorosa personalidad, como la del búlgaro Boris o el eslovaco Rostislavo, en un Estado único. Tanto el imperio búlgaro como el grande imperio moraviano permitían considerar tal posibilidad como acaeciera. La quebrantadora incursión magiar de la primera parte de la centuria (la x), hacía menos probable tal unión, pero sin arrancar de cuajo las circunstancias que favorecían su posibilidad. En cambio, lo que por espacio de los mil años sucesivos debía extinguir la posibilidad de la unión de Eslavia, fué la decisión de Polonia, tomada en 988, de aceptar la tradición latina, al paso que determinaba Rusia en 988 a convertirse en heredera de la griega. La Cruz, símbolo de paz y buena voluntad, había de dividir perdurablemente a las gentes eslavas.

Entrambas ramas septentrionales de Eslavia experimentaron un proceso de consolidación intensiva en el siglo x, gracias a cierto espontáneo hervor interno, lo propio que a la presión desde fuera ejercida por vecinos de naturaleza agresiva. Durante la senda en esos años emprendida hacia el estadismo, Polonia pudo hacer valer una estirpe de jefes, pertenecientes a la familia de Piast, llano carpintero de carretas que se sintió llamado por quién sabe qué impulso sobrenatural, a asumir la dirección de sus compañeros de tribu avecindados en la cuenca del río Warta. Según los términos de la leyenda, cierto Ziemomisl, bisnieto del primer Piast, tuvo un hijo llamado Mieszko, ciego durante los siete años primeros de su vida. Mas un día, en medio de una fiesta, aconteció un milagro y el niño recobró la vista. Viejos zahoríes del sentido de las cosas fueron convocados por el padre de Mieszko, y se les pidió que interpretaran lo que diera a entender el asombroso portento. Esa liberación de una servidumbre, consiguiente a la ceguera, de que había sido objeto el niño, significaba, según aquellos varones avisados, que los polacos, ciegos hasta entonces, se hallaban ya próximos a ver: la bendición de las luces ya no dilataría su beneficio, y el designado, por favor divino, a tal obtención, no era otro que el tierno Mieszko.

Y como se anunciara se cumplió: Mieszko llegó a ser, con el tiempo, el príncipe de las tribus polacas, y procuró a su pueblo la iluminación es-

piritual, en forma de la fe cristiana. Llegó a tal logro mediante su matrimonio con la princesa checa Dabrowka, mujer distinguida, no sólo por su piedad cristiana, sino por su intenso celo misionero. Al principio, Dabrowka había rechazado el cortejo de Mieszko, por saberle pagano y consorte de siete esposas. Pero cuando, según se lee en la crónica, Mieszko "hubo consentido en renunciar a aquella costumbre pagana y en recibir los sacramentos de la fe de Cristo, Dabrowka vino a Polonia con gran pompa mundana y aparato eclesiástico; mas no entró en la yacija nupcial con el esposo hasta que muy despaciosamente y con labor pacientísima le hubo familiarizado con los cristianos modos y ceremonias de la Iglesia, y héchole apartar de sí los errores del paganismo y celebrar con la Iglesia sus paces".

Dabrowka pudo haber llevado a cabo muy poco por sí misma para implantar la tradición latina entre su pueblo adoptivo, pero los misioneros y maestros de su séquito, ya abierto por ella el surco en ese nuevo campo, colmaron lo que la princesa hubiera acertado a conseguir. Algunos venían de la propia Bohemia de Dabrowka, muchedumbres llegaron de Francia, y en breve la tradición latina empezó a sentirse como en casa propia en el reino eslavónico.

La naturaleza inhóspita del suelo que circundaba la capital de Mieszko, el carácter cenagoso, pantanoso, atravesado de bosques, de aquella campiña, movió por de pronto a los alemanes a renunciar a la invasión del reino en tal sazón inaugurado. De esta suerte, la nueva cultura tuvo holgados días para compenetrarse con el básico eslavismo de la población nativa, alcanzando siquiera lograr los principios de una distintiva cultura latino-polaca antes de que los alemanes se dieran a avanzar por el este; y, consiguientemente, al ocurrir la gran migración alemana de los siglos xiv y xv, fué ya imposible a los invasores germanizar la cultura del reino polaco; y resultaron ellos polonizados en vez de que, según ocurriera en Bohemia, se germanizaran parcialmente los nativos.

Al conmemorarse, en estos últimos tiempos, el primer aniversario de la invasión de Polonia, una de nuestras más notorias personalidades americanas, Miss Katherine F. Lenroot, cabeza del Consejo para los niños de los Estados Unidos, declaró en un discurso público: "Sea cual fuere el resultado de la lucha a muerte en que hoy se empeña Inglaterra, nuestra nación se hallará impreparada, a pesar de todos los buques y armamentos y soldados; impreparada a menos que nuestro pueblo experimente una honda, impelente *sensación de destino*".

El poeta polaco Krasíński expresó la misma idea del siguiente modo:

“Diste su vocación a cada pueblo;
de Ti emanada, una profunda idea
laté en cada nación: de su destino
está en ella el secreto...”

Jamás faltó a Polonia esa honda y conmovedora “sensación de destino”, desde los tiempos de Dabrowka hasta el presente día; y a Dabrowka debe esta dispensación.

“Los eslavos como raza”, dijo Mickiewicz en una de sus Lecciones Eslavónicas, “fueron amagados de extinción absoluta en el siglo xv, pero la instauración de la dinastía Jagielónica en Polonia les salvó de tal azar por el levantamiento de ésta a condición de gran Estado”.

Lo que Mickiewicz quería dar a entender por estas palabras, es que en el siglo xv el germanismo triunfaba en el solar de los eslavos centrales, el Islam en el de los eslavos del mediodía y el despotismo fino-mongólico entre los rusos. La única región de toda Europa en que el espíritu eslavónico permaneciera bastante libre para dar fe de sí, la única región en que el eslavo seguía siendo señor, era Polonia.

Y cierto es el dicho de Mickiewicz; y bajo la lisura de su concisa generalización se encuentra una razón poderosa para la excepción que declara: sólo en Polonia, *gracias a la tradición latina*, poseyó ese destino, ese ideal de la propia misión, alguna potencia, o, si se quiere, mera existencia entre eslavos.

¿Pero qué traza tenía lo que los polacos concebían como destino de su nación? ¿Qué esencia estimaban por tan valiosa que les mereciera luchar para conservarla? ¿Qué razón les asignó la gran checa Dabrowka, y en qué símbolos encarnaron los polacos su ideal?

La misión de Polonia, según la imaginaron sus caballeros del siglo xv, fué la conservación del claror de la cultura latina, de su encendimiento en las fronteras orientales, y la penetración de éste por las tierras del orto tan adentro como alcanzara a cumplir la energía impulsora que les animaba. Y los dos símbolos que sin tregua permanecían ante sus ojos, símbolos, por cierto, más reales que el sol en la bóveda celeste o la tierra debajo de sus pies, fueron la Virgen María, a quien llegaron a identificar por algún místico modo con la mismísima reina de Polonia, y la grande Universidad de Cracovia.

"Virgen María, madre
 sin mancilla de nuestro
 Señor, tan encumbrada
 por el Eterno...
 Nuestras plegarias oye...
 Y llena de denuedo
 los corazones flacos
 para el valiente empeño;
 y danos que en la tierra
 dignos de Ti moremos,
 y al fin la dicha para
 siempre jamás del cielo".

Este era el canto que asomaba a los labios de los caballeros polacos; y en tal sazón pensaban, no sólo en la Madre de Dios, sino en su propia reina bienaventurada Jadwiga, quien, renunciando al amoroso cortejo de un príncipe a quien de veras quisiera, rindió la vida a la empresa de llevar la fe latina y la ciencia occidental a los páramos fronterizos, más allá del Dniester y el Bug. Los caballeros en la guerra, como en la paz la Universidad dotada por la misma Jadwiga, y heredera de la grande Universidad de Carlos IV en Praga, defendieron la tradición latina durante todo el siglo xv y la mantuvieron alentada en los hitos orientales. En la Universidad de Cracovia estudiaron Copérnico y Wawrzyniec Gościński, cuyo tratado sobre el gobierno político, *De optimo senatore*, figura entre los precursores notables de la Constitución de los Estados Unidos de América.

Fué Gościński —según Mickiewicz—, quien por vez primera expresara con tanta holgura el sentir del polaco, por largo tiempo en él guarecido, aunque inarticulado, sobre el destino de su nación. Al saludar al rey electo Segismundo III, en nombre de los súbditos polacos a quienes iba a regir, Gościński pronunció estas palabras:

"Vais a poner sobre vuestras sienes la corona que noblemente llevaron los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y tíos de vuestra Majestad. Vais a gobernar un pueblo cuyo lenguaje no cede el paso, en lo que concierne a la duración de su empleo o la espaciosidad de su influencia, a otro ninguno, ni a los de mayor nombradía. En estos parajes hallaréis la fe considerada por nuestra nobleza como la más propia gala, y el celo candente hacia la patria. En ellos la virtud y el buen nombre pasan por los mejores atavíos.

“Establecéis vuestra capital no en un reino en que sólo sea importante el número de comercios o el tráfico de baratijas, mas en uno que es muro y baluarte de los Estados Cristianos contra los enemigos de la Santa Cruz. Aquí no se holgará el mal en intentarse duradero, ni acertará el enemigo a ganar con añagazas el favor del cielo para sí y su caballería. Vuestra misión consistirá en levantar un verdadero muro de víctimas inmoladas, y hacer que en pago de cada una caiga la cabeza de un pagano, de suerte que en nombre de Dios y para su gloria rematéis en desastre la fiesta del blasfemo.”

Las palabras de Goślicki eran militantes y aun sanguinarias, y la misión que para el nuevo rey de Polonia contemplaba, sumamente dinámica. La latina, occidental cultura debía ser llevada al oriente, e incumbía a Polonia tomar sobre sí este empeño, no sólo a causa de los moradores de allende el Bug, que al cabo sacarían ventaja de su alianza con el occidente, sino por amor de la misma Polonia, para que animara a ésta una misión vital.

La única cosa de monta en las naciones como en los individuos, declaraba Mickiewicz en una de sus Lecciones Eslavónicas, es la fuerza moral. A intervalos esa cualidad parece abandonar por completo el espíritu aliño de una nación, y hasta que se haga redíviva se nos antoja ausente de la naturaleza del pueblo. Uno de esos intervalos de depresión se advirtió en Polonia en el siglo xviii. Al comentar aquellos tiempos, el obispo Soltyk, uno de los pocos que permanecieron bien asegurados ante la general desmoralización, decía:

“Muchos Estados vieron su pérdida gracias a los ciudadanos indecisos que de buena gana se ajustaron a los tiempos, y que en los negocios públicos, en vez de guardar la firmeza que dictaba el deber, buscaron modos de aprovechar de las más desesperadas circunstancias, o, si buscaron precisamente su medro, trazaron estilos de salvar su piel del mejor modo posible, y así afrontaron los acontecimientos *no* con indomable fortaleza, *no* con propósito bien asentado, sino sencillamente con su razón, su prudencia (que Dios confunda) y su flaca perspicacia humana.”

A la sazón en que el obispo Soltyk pronunciaba en Polonia esas palabras de valor imperecedero, existía un breve círculo todavía dotado de fuerza moral y conocido por los Confederados de Bar. Uno de sus miembros era el distinguido jefe de la caballería en la revolución que dió a luz los Estados Unidos de América, Casimiro Pulaski. Estos eran los únicos varones del reino capaces de erguirse sobre lo inmediato y desplegar ban-

dera en pro de la justicia imperecedera, sempiterna. Y estuvieron a esa altura gracias a lo que Mickiewicz llama "una grande idea", la que, en efecto, les señoreaba. No era esta idea, a la verdad, nueva, sino la antigua y articulada por Gośliński, erigida en la lucha de las alturas de Częstochowa por el monje Kordecki, defendida en Viena por el rey Juan Sobieski: la idea de que Polonia, si había de vivir, o aun valer la pena de su existencia, debía considerarse como defensora, por querer divino, de la tradición latinocristiana de Occidente. La "magna idea" de los Confederados de Bar no halló valedores en el Oeste, y sus protagonistas fracasaron, pero no sin engendrar una formidable renovación de energía espiritual en Polonia, gracias al renuevo del antiguo concepto del papel de la nación en Europa.

En dos distintas épocas de su historia fué otorgada a Polonia una breve pero esplendorosa "Edad de Oro", y en ambos tiempos y en ambos lugares el florecimiento cultural tuvo por raíz la tradición latina. La primera de estas edades de oro se mostró en el apogeo de la Polonia Jagielónica: el siglo xvi, y su principal escenario fué Cracovia, capital de la República y sede de la Universidad. La más cimera figura literaria de tal época —en la que fulguró Cracovia como verdadera Florencia del norte— era Juan Kochanowski. Educado, como todos los mozos polacos de buena familia, en Italia, de ésta cobró estímulos a su inspiración que habían de durarle por toda una vida de actividad literaria, desarrollada en Polonia, a donde se reintegró, para pasar algún tiempo en la corte cracoviana, y establecerse luego en la que fué su auténtica granja sabina, Czarnolas, en el distrito de Lublin, en la campiña.

Aproximadamente tres centurias después, y durante las dos primeras décadas del siglo xix, gozó Polonia de su segunda edad de oro, y esta vez fungió de escenario la parte del reino opuesta a la muy occidental y meridional ciudad de Cracovia. Esta vez el florecimiento polaco vino a producirse en la muy oriental Wilno, esa Atenas del norte, como se le ha llamado, corona de las silvanas colinas enhiestas ante el río Wilia: Wilno, la extrema avanzada de la cultura occidental en el reino de Polonia.

Al calificarse la ciudad real de Cracovia de escenario de la primera época de la fulguración polaca, había sido Polonia grande y poderoso Estado, harto mayor que Francia, su única posible rival en Europa. Ya ahora, trescientos años después, en su segunda edad de oro, Polonia no era ni siquiera Estado. Tres leyes de partición habían bastado para borrarla del

mapa de Europa. Y aun así los polacos seguían siendo polacos, y jamás ardió su espíritu con más bravía llama que en los días del florecimiento de Wilno. Bajo el patronato del polonófilo zar Alejandro, la Universidad de Estéban Batory, fundada en 1579 con el bien determinado propósito de hincar para siempre la tradición latina en la frontera lituana, abrió de nuevo sus puertas, y sus posibilidades cobraron magnífica holgura por favor del mecenas de aquel período, príncipe Adán Czartoryski. Gentes de saber fueron recabadas de todas las grandes universidades occidentales, aun de las inglesas, y de nuevo se vió encendida la antorcha de la sabiduría latina, occidental, en la zona fronteriza.

A Wilno, por espacio de veinte años, se dirigió la flor de la juventud polaca, a estudiar junto a sabios como los hermanos Sniadecki, el filólogo Grodeck, el historiador Lelewel y el magistral expositor del Estatuto Litewski, Daniłowicz. De Wilno salieron, con el tiempo, no sólo poetas de fama universal, como Mickiewicz y Słowacki, sino una legión de hombres que fertilizaron ciencia y literatura, no sólo en la misma Polonia sino en parajes muy remotos de ella, aun en el extremo borde occidental de la América española, pues en Chile, Ignacio Domeyko, salido de Wilno y amigo de Mickiewicz, consiguió nombradía inmortal como primer metalúrgico de aquel suelo.

Pero la gloria de Wilno fué de breve duración, y ello precisamente por haberse consagrado su Universidad a ensalzar la tradición latina. La segunda década del siglo XIX, los años que inmediatamente sucedieron a la derrota de Napoleón a manos rusas, presenciaron el desarrollo de un formidable interés de los rusos *hacia sí mismos* y especialmente *hacia su propia condición eslavónica*. Dicha condición eslavónica —no aquí el sentimiento nativo, instintivo, verdadero del labriego a que me referí en el proemio de este trabajo, sino más bien el eslavonismo organizado que encuentra su símbolo en la Iglesia Ortodoxa— cobró exaltación en los ánimos de un grupo cuyo centro y venero de inspiración era el almirante Shishkov, encargado del departamento imperial de Instrucción. Fué natural, claro está, ese movimiento, reacción al desmedido francesismo de la sociedad rusa anterior al período napoleónico. Shishkov y las gentes de su ruedo determinaron condenar a aplastamiento por rulo compresor a todos los aliños culturales con dejo de tradición latina, en cualquier parte del imperio que ellos se encontraren. Esto conllevaba irremisible sentencia de muerte para la Universidad de Wilno, sita en la provincia de Lituania, en la frontera occidental del Estado. Obtenida por Shishkov la superior

autoridad en Instrucción, era sólo cuestión de tiempo la caída del golpe destinado a ese santuario de la cultura de occidente.

El golpe fué asestado poco después de 1820, mediante el envío a Polonia del senador Novosiltsev, miembro, como Czartoryski, del gabinete del zar. Novosiltsev, ningún sentimiento de animosidad abrigaba contra los polacos, y ciertamente ni el más mínimo hacia Wilno, donde se cuenta que gozó lo inaudito, el muy sibarita, en compañía de las damas, notoriamente encantadoras, de la Polonia oriental. Pero Novosiltsev llevaba, sin embargo, en el bolsillo la condena de muerte de la Universidad de Wilno. De tal suerte la purgó de mentalidades superiores.—Mickiewicz y sus amigos figuraron entre los exonerados—, y restringió sus actividades, que la dejó casi difunta, sólo merecedora del entierro que al fin tuvo lugar después del levantamiento de 1831.

La tradición latina debe su inmortalidad en las llanuras orientales de la Europa del norte, a la *szlachta* o aristocracia polaca. Fué la *szlachta*, no las masas de la Esclavia polaca, quien veló por la llama y elevó la antorcha. Suya es la gloria, suya la responsabilidad por cuantos errores hubieren sido cometidos en la empresa, o la táctica de ella, relativa al avance de la cultura latina por las tierras del orto. Como lo indicara Mickiewicz en una de sus lecciones: "Así, como cuanta belleza y bondad parezcan en ello, honra son de la *szlachta* polaca, así todos los errores y desdichas de los pueblos eslavónicos recaen sobre dicha clase."

Acaso el último de los paladines de la *szlachta*, blandidores de la tradicional antorcha, el último de los héroes que defendieron el rito latino en la frontera, es un varón cuya mágica influencia se hizo sensible a las gentes de nuestro tiempo, y cuyo prestigio aun los más implacables enemigos de Polonia no osaron desafiar. Me refiero al caudillo único que en nuestros días llevó con distinción el título de Mariscal de Polonia, el finado José Pilsudski.

Pilsudski fué por un trecho considerado como hombre del pueblo, y sin duda lo era. He conocido a cocheros de Wilno y campesinos de Tuhanowicze y Orniany que se le asemejaban exactamente, salvo carecer de sus ojos profundos, omnividentes. Pero era también un caballero de la Fe Latina. Nacido en la frontera oriental como Zótkiewski y Chodkiewicz, Sobieski y el Padre Mark de la Confederación de Bar, mostrábase ante todo defensor de la fe en los linderos orientales del reino. En 1926, en el castillo que los Radziwills poseían en Nieświcz, desceló ese aspecto de su carácter: su sentimiento de la misión y sentido históricos de Polonia. Allí,

sentado en el centro del vasto comedor, a la luz trémula, espectral, de los enormes candelabros, empezó a murmurar: *To zamczysko... dom Radziwillów, który tak dawno przeszłości naszej służy.* . . (Este es el gran castillo, la casa de los Rádziwills, que tan a menudo sirvió a nuestro pasado.)

Según augurio de las gentes, la nueva Polonia que resurgirá, como el ave fénix, de las cenizas del presente conflicto, será una Polonia campesina. Ojalá lo sea, pues es hora de que el 75 por ciento de la población goce de plenos privilegios. Pero será también una Polonia caballeresca, ya que el labriego eslavónico no puede vivir de solo pan, y *necesita* sus ideales espirituales y la sensación de su destino. Y sería lástima que al poner en completo juego el elemento eslavónico, se negara el derecho del otro elemento a su adecuada función. Se me antoja que en la nueva Polonia, el lema del jefe que auténticamente corresponda a las necesidades del pueblo y la nación, no habrá de diferenciarse mucho del proclamado por el gran guerrero Chodkiewicz, al dirigirse a sus caballeros:

Hemos de devolver, hermanos, este campo
a Dios, a nuestra patria, a nuestros hijos.
Aquí, en estos parajes,
permanecemos hijos,
de la Fe defensores y baluartes del mundo;
aquí los nobilísimos varones
que fortaleza son de las naciones.
Alármese el extraño, hiéndanse los inicuos:
no habrá temor en nuestros corazones.
Conócenos el mundo
de nuestros adalides por el fuerte
valor, y el alma dada a nuestra patria.
Cuando sólo virtud de heroica suerte
es quien dispone, las palabras huelgan.
Sola, la acción, sin más hablar, acierto.
Quien fía en Dios no temerá la muerte.

Acaso sea oportuno cerrar estas consideraciones con las últimas palabras públicas de un gran polaco no ha mucho extinto, el Presidente Ignacio Juan Paderewski:

"Creo en Dios, creo asimismo en la justicia, y veo en lo que ha acontecido el augurio de un castigo inminente."

ARTHUR PRUDDEN COLEMAN
(*Columbia University*)

Traducción de José Carner.